

SENTIDO SOCIAL CATOLICO DE LA EDUCACION

Por la Madre MARIA AGUDELO

(Capítulo V de la tesis presentada por su autora para optar el grado de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana).

Educación para la comunidad

Se pide a la moderna pedagogía una educación social en su doble sentido: educación para la comunidad y educación por la comunidad.

El primero de estos términos es más bien un objetivo y podría reducirse a éste: despertar el **sentido social**. Tal expresión parece una jactancia tratándose del niño... Sin embargo, se trata solamente de apariencia, porque el contenido es simplemente éste: despertar la conciencia de los lazos que nos unen a los demás. No se trata de explicar a los niños todas las consecuencias de esta realidad, pero nunca es demasiado temprano para hacérselas entrever.

Formar, o enderezar su juicio sobre esto, es particularmente necesario en nuestra época de fermentación general.

El niño es egocentrista. "Los otros" son para él, primero que todo, símbolo de alimento, de apoyo, de refugio, dóciles compañeros de juego, de los que hará gustosamente servidores, quizás esclavos... Está pronto a apropiarse las cosas y las personas, a exigir, a imperar.

Bastará enseñarle el gesto afectuoso que da, sugerirle el servicio que puede prestar? Son los primeros pasos hacia la preocupación por el prójimo, pero podemos hacer más.

Si estamos nosotros mismos penetrados de la interdependencia humana, del interés primordial que hay para cada uno de nosotros en pensar en la felicidad de los demás, en respetar sus derechos; en una palabra, si tenemos **sentido social**, inspiraremos a nuestra vez, poco a poco, esos mismos sentimientos a los niños, principalmente por el

ejemplo. Al mismo tiempo encontraremos las reflexiones, las sugerencias, capaces de conmoverlos. Cogemos al vuelo las ocasiones de los actos más necesarios para infundir hábitos en los pequeños.

Esta obra, en los comienzos, es extremadamente delicada. Fulgores progresivos, más que instrucción, la irán realizando. Es la ciencia de llamar delicadamente en la puerta de la conciencia y de despertar los sentimientos nobles; es el arte de los estímulos discretos, que recuerda todas esas sonrisas que provocaron la primera sonrisa... Aquellas palabras que al fin obtuvieron el eco de la primera palabra... Tántas frases de aliento que consiguieron al fin los primeros pasos.

La formación de la adolescencia y de la juventud se apoyará en esas bases, puestas por aquellos que supieron ver a los lejos; como un edificio, deberá su solidez a esos cimientos escondidos en la sombra. Como la ciencia de un gran lingüista comienza por el alfabeto, así hay un alfabeto del sentido social.

Ved a ese pequeño, personaje de cinco años, privado de sus compañeros de juego porque se ha peleado con uno de ellos. "Me basto!" exclama con orgullo, mientras se aleja del grupo. Pero, al cabo de algún rato, se aburre mortalmente.

Nadie se basta a sí mismo. Tenemos necesidad de los otros y ellos la tienen de nosotros. Cómo hacer para que los niños descubran esta verdad esencial? Cómo penetrarlos de estos sentimientos: han recibido mucho, reciben aún mucho, recibirán siempre... Y, a su turno, deben dar? Hallamos aquí la pregunta fundamental de la didáctica social...

El niño forma con los demás, con "los otros", una comunidad; con los otros de ayer, con los de hoy, con los de mañana... Y esto no disminuye en nada su personalidad. Las comparaciones: uva de un racimo, sarmiento de una cepa, miembro de un cuerpo, piedra de un edificio, iluminan la unidad mística de la humanidad, sin disminuir la originalidad de cada sér; ambos conceptos se enriquecen mutuamente.

Nuestro esfuerzo educativo, que mira al desarrollo del niño en su destino individual, debe situar al educando, tanto cuanto le sea posible, en su verdadero lugar, ligarlo en espíritu al conjunto, a fin de no falsear en él el sentido delicado y necesario que he venido llamando "sentido social", pero que estaría bien definir con estas palabras: sentido de la **comunidad humana**: "Padre, que sean uno como nosotros somos uno" (1).

La educación para la comunidad, concebida como teoría de la educación del individuo para una conducta socialmente moral, contiene dos problemas que están en íntima relación uno con otro:

El **primero** consiste en la educación de las virtudes generales de la conducta social, condición previa para una vida social moralmente organizada; es, pues, una educación para la comprensión de la comunidad, para la conciencia de una solidaridad moral.

El **segundo** problema conduce más allá y consiste en preparar al individuo y hacerle apto para ser miembro de sociedades concretas

1) — Jn, 17, 21.

de importancia vital, dispuesto a sacrificios y consciente de su responsabilidad; preparar al educando para la adaptación a determinada forma comunal: familia, Iglesia, comunidad profesional... etc.

Es lo que algunos autores llaman: pedagogía social general y particular. Entre ambas hay estrecha relación, pues la inclusión en una determinada comunidad exige como condición previa una capacidad general de comunidad, por parte del individuo.

La diferencia estriba en que la segunda precisa una comprensión del valor objetivo de los fines a que aspira el grupo en cuestión.

Abarcan, en resumen, los siguientes problemas:

a) Educación de la **solidaridad**, o sea de la conciencia de la responsabilidad social, que se manifiesta en la disposición a la ayuda recíproca y en la intervención para el bienestar y el honor colectivos. Lo que caracteriza una relación como moralmente positiva, es el hecho de que los miembros no se consideran entre sí por intereses egoístas, sino según su mutuo valor personal. Si este valor personal de los miembros se ve en su filiación divina y en la unión con Cristo, el sentimiento de participación y de corresponsabilidad que se despierta, establece la comunidad cristiana.

b) La educación para la **regulación moral del instinto de dominio**, tan peligroso para la colectividad, cuando llega hasta el desconocimiento de la dignidad humana por una parte, y de la propia dependencia del Creador, esencial al ser contingente, por otra. Lo mismo, la educación para el caudillaje legítimo, que realiza grandes obras cuando está basado en la libre obediencia al servicio de la sociedad, y el voluntario sometimiento a las indicaciones del jefe.

c) La educación para la **regulación moral del impulso de destacarse**, que ennoblece la ambición desenfadada, convirtiéndola en una emulación correcta y caballerosa. Esta tarea tiene una gran significación que desconocen quienes aspiran, en nombre de una educación mal comprendida, a la completa opresión del impulso a destacarse y de la emulación, su consecuencia directa. Es preciso enseñar el propio valor y el valor ajeno, para que la conciencia de poder superarse no entrañe nunca el mezquino abajamiento de los demás.

d) Educación para el respeto al derecho, que se basa en la comprensión de la función de determinaciones jurídicas que crean una distancia saludable, regulando la vida en común. Este respeto se realiza en la sumisión voluntaria y se basa en el conocimiento del valor de la ley y en la veneración al Supremo Legislador de quien toman toda su fuerza las ordenaciones.

e) Finalmente, la educación **para la conducta de la auto-responsabilidad**, que hace al individuo obrar enérgicamente frente a las excitaciones a dejar el deber, y lo forma capaz de defenderse de la contaminación de acontecimientos colectivos irresponsables.

La pedagogía social especial presupone las virtudes sociales que ocupan a la pedagogía social general, y se esfuerza en dar actualidad a estas virtudes al servicio de formas sociales concretas, ya que estas formas le conceden la participación activa y la posibilidad de cumplir su cometido moral, mediante su cooperación en los esfuerzos comunes. Es necesario para ello poner de relieve siempre el valor especial de las formas particulares sociales y garantizarles así amor y entrega dispuesta al sacrificio.

Educación por la comunidad

“Cuando un niño —dice el profesor Osborn— viene al mundo, nace en un medio natural. Esto es verdad respecto a todos los animales. Pero el hombre nace también con una herencia social. Esta es una herencia que no se trasmite a un individuo de la misma manera que un hombre hereda una propiedad. Es de carácter social y común a todos los niños que nacen en determinado grupo. Lo llamamos herencia social porque es producto de la sociedad humana y resultado de muchos progresos durante el tiempo que el hombre ha vivido sobre la tierra” (2).

Los sistemas de educación varían con el tipo de vida de cada sociedad. La educación, como dice Bode, “no se puede divorciar de una teoría social, de una concepción o norma de la organización social” (3).

Los griegos comprendieron bien este principio y lo llevaron a la práctica. En Esparta la educación tenía por objeto formar soldados y ciudadanos espartanos; en Atenas, formar hombres libres armónicamente desenvueltos. Durante la Edad Media, la educación del caballero consistía en formar nobles diestros en el manejo de las armas y fieles a su honor y religión. En el Renacimiento, la aspiración suprema de los pedagogos era realizar el tipo del humanista versado en el cultivo de las literaturas clásicas. Cada grupo social trasmite a sus miembros la cultura, la dirección de la vida y la visión del mundo, comunes a los adultos que forman digno grupo.

La vida en comunidad es necesaria al desarrollo del espíritu. La comunidad trasmite su lenguaje, sus usos y costumbres, sus cantos, sus leyendas, sus experiencias, sus conocimientos, su arte, sus ideas religiosas, y le enseña a ejecutar sus labores técnicas.

Si es cierto que cada sociedad trata de modelar a sus miembros a su imagen y semejanza, es sin embargo falso el principio de quienes afirman que el individuo recibe la totalidad de su estructura psíquica de la peculiar constitución de su propia enteleguía, por una

2) Citado por A. M. Aguayo, *Didáctica de la Escuela Nueva*, 3ª ed. “Cultural”. Habana 1943, pág. 31.

3) Citado por A. M. Aguayo, *Didáctica de la Escuela Nueva*, 3ª ed. “Cultural”. Habana 1943, pág. 31.

parte, y por otra de las leyes modeladoras de las comunidades en cuyo seno vive, sin necesidad de un proceso educativo directo, que le haga asimilarse los valores comunes. Es un principio básico que "toda sociedad forma, pero no toda acción formativa entraña el perfeccionamiento del hombre futuro". La orientación del educando hacia lo mejor, hacia la depuración de la personalidad, no puede separarse en modo alguno de la idea de educación; en otro caso, debería tenerse también por educativa la influencia disolvente de una sociedad perversa, no menos que la seducción ejercida por una banda de delincuentes. Pero si se asigna a la comunidad como tal, por cierto contra toda experiencia, una inmanente eficacia bienhechora, entonces no es ya ella de por sí, sino un espíritu latente en ella manifiesto, el último soporte de la educación.

La exigencia de la educación **por la comunidad**, reposa fundamentalmente en el hecho de que las aptitudes morales esenciales del hombre, solamente pueden desenvolverse en las relaciones de la comunidad. El amor, la piedad, la fidelidad, la consideración, la benevolencia, la disposición a ayudar y a sacrificarse, y otros actos morales con cuya realización se completa el valor moral de la personalidad, tienden hacia la comunidad y sólo en su seno pueden hallar cumplimiento.

La educación es el instrumento mediante el cual la sociedad renueva las condiciones de su vida colectiva. Es claro que la sociedad no podría sostenerse si no existiera alguna homogeneidad entre sus miembros. Pero también le es indispensable asegurar cierta variedad, diversificándose a sí misma. Siendo imposible la perpetuación de las características adquiridas por los individuos, la educación se ve en la necesidad de formarlas penosamente en cada generación de jóvenes. Sin esta formación consciente, que es la esencia de la educación, la cultura y la civilización dejarían de existir.

La función plasmadora del individuo que realiza la sociedad, se echa de ver en todos los aspectos de la educación. El ser egoísta, amoroso e impulsivo, se somete a una disciplina de orden moral, no por la acción de la naturaleza, como creían equivocadamente Rousseau y Spencer, sino por la influencia persistente de la sociedad, puesta al servicio de la educación de la personalidad.

Los mismos medios e instrumentos de la educación —instituciones educativas, disciplina, gobierno de la escuela, muchos métodos de aprendizaje—, no son suficientes sino a condición de que tengan un carácter social. La vida de la escuela en cada pueblo es una imagen y compendio de la vida de colectividad. Aún en el caso de que tenga que combatir ciertos defectos y deficiencias nacionales, es siempre la comunidad la que inspira a los educadores. La escuela refleja entonces las necesidades colectivas.

Conviene, pues, colocar al alumno en una comunidad adecuada, que le pueda procurar sus propias experiencias. Pero como no se puede esperar una eficacia social-pedagógica sino en el caso de que la convivencia con estas comunidades esté regulada moralmente, es preciso su vigilancia y, en ocasiones, la influencia directa o indirecta del educador.

La familia. — “La familia es la célula germinal de la sociedad. A ella deben los niños su vida corporal y en ella comienza el desenvolvimiento de su espíritu. Cuando se halla bien constituida, es notoria su superioridad sobre las demás instituciones que conscientemente influyen en la educación del hombre. Consiste esta superioridad sobre las demás en que, por ser el hogar muy reducido y rodear al joven de un ambiente de amor, ternura y simpatía, la educación ejerce en él de un modo directo, profundo y humano. Los padres deben estar en condiciones de ser siempre los mejores educadores de sus hijos” (4).

Es preciso reconocer la importancia decisiva de la constelación familiar para el desenvolvimiento social del hombre, en pleno período de formación. Del conocimiento de las relaciones del educando con sus padres y hermanos, del puesto que ocupa entre éstos, de las dificultades surgidas por la muerte de uno de sus progenitores, de la convivencia con padrastros o hermanos medios, etc., resultan nuevas posibilidades y tareas para la vigilancia y la labor del pedagogo social.

Admirablemente resumió Foerster la razón de ser de la supremacía de la familia como comunidad educativa: “La familia se considera, con razón, como el hogar por excelencia de la formación social... Desde el punto de vista moderno, más que a la influencia consciente de la técnica pedagógica, atribúyese esto a que los conflictos y relaciones concretos de la vida usual, reclaman todas nuestras fuerzas inferiores. “La potencia educativa de la familia no resulta, ni mucho menos, de sus métodos pedagógicos conscientes que, con frecuencia, son muy imperfectos... El secreto de la influencia pedagógica de la familia está en la violencia de sus conflictos, no igualada en ninguna otra esfera social. Ni la vida escolar, aunque se trate del internado, podrá adaptar en grado parecido los jóvenes a los aspectos irracionales de la vida concreta, como lo hace la vida familiar con sus múltiples conflictos, vicisitudes, contrastes y adversidades comunes” (5).

En verdad, por su estrecha relación con todas las manifestaciones de la vida, la familia representa la forma más indicada para facilitar el desarrollo de las aptitudes morales del hombre. Sin embargo, si examinamos de cerca la familia concreta, vemos aparecer claramente los posibles peligros. Una familia no animada del espíritu de comunidad, cuya solidaridad interna está dominada por un estrecho egoísmo, cuya estructura favorece situaciones que pueden conducir a un desenvolvimiento defectuoso del niño, es una familia que no ofrece garantía perfecta para la formación de las virtudes sociales deseadas.

Son raros ciertamente los hogares de nuestra época que, aún contando con que exista un sano ambiente familiar, no turbado por ninguna de las modernas aberraciones, ofrecen los medios de una rec-

4) Alfredo M. Aguayo, op. cit., pág. 32.

5) Foerster, *Pol. Ethiek*, págs. 401-402. (Citado por Hovre, *Ensayo de Filosofía pedagógica*, pág. 413.

ta formación social y menos aún los que la procuran directa y sabiamente.

La labor de los padres. — El trabajo para preparar a los niños a que ocupen debidamente su puesto en la sociedad, no es de días, sino de años. Por eso ha de comenzarse desde la familia, en donde no se ciñe a un horario o programa, sino que ha de ser difundida a lo largo de las jornadas para que imprima a toda la vida infantil un carácter social, tal como lo exigen nuestros tiempos. Algo así como los buenos modales que los padres desean inculcar a sus hijos. La palabra **educación** indica permanencia de la labor, y añadida a **social** significa que hay que laborar pacientemente sobre las ideas, el corazón, los sentimientos y aún sobre los modales externos de los niños, para que —ahora y más tarde—, sepan cumplir bien, con facilidad, con gusto, los deberes de la justicia social.

Es una meta alta la de conseguir la formación del sentido social, o sea esa aptitud para percibir y ejecutar prontamente, como por instinto, lo que sirve al bien común. A esa meta se llega dando los primeros pasos de las manos de los padres mismos.

Pestalozzi ha dicho:

“La virtud del alma que ha sido formada por el lazo familiar, es fuente de fuerza y sabiduría para los otros lazos sociales. El amor paternal engendra príncipes; el amor fraternal forma ciudadanos; uno y otro fundan el orden en la familia y el estado. El lazo familiar es el primero y más importante de todos... Por esta razón, la casa paterna es fundamento de la cultura humana” (6).

“Este espíritu simple e imperturbable que hace el bien y acaba todo lo que hace, esta perseverancia longánime en el trabajo cotidiano, esta característica de la sabiduría y de la grandeza humanas; la paciencia para soportar al prójimo y conducirlo a su fin por encima de todas las dificultades, la firmeza y la unidad del carácter humano, no se encuentran en parte alguna tan seguras y desarrolladas como bajo la influencia de las ocupaciones domésticas y de una bien ordenada vida de familia” (7).

“La sabiduría familiar es, para la formación del hombre, lo que el tronco para el árbol” (8).

Sin embargo, el hijo único... Los niños rodeados de servidores de quienes reciben o exigen con imperio hasta los más menudos favores... Los hogares opulentos que cierran sus puertas a los menesterosos... El ambiente empapado de egoísmo, en donde cada cual busca su provecho... Las relaciones familiares frías, distanciadas; las palabras ásperas o los altercados violentos al menor incidente... y otros muchos aspectos oscuros que presenta actualmente la vida de familia, la convierten en numerosas ocasiones en un ambiente que ha-

6) Pestalozzi, *Abendstunde*, III, 13.

7) Pestalozzi, *Aus dem Schweizerblatt*, pág. 49.

8) Pestalozzi, *Aus dem Schweizerblatt*, pág. 49.

ce brotar en el terreno fértil de las almas infantiles, gérmenes de egoísmo que fomentan las pasiones antisociales.

Por este motivo se debe tener en cuenta la significación pedagógica de la comunidad de la **escuela** y de la **clase**, cuyas ventajas frente a la comunidad familiar consisten en la amplitud de su dominio y en la mayor posibilidad de una formación orgánica favorable.

La escuela. — Había dicho que la educación **por la comunidad** consiste en crear oportunidades para proporcionar al educando el sentimiento del valor de la vida común regida por principios morales, y que esto se logra mediante la estructuración en las comunidades educativas.

La pedagogía moderna ha hecho en este sentido gran número de ensayos a fin de que —como comunidad de **trabajo** y de **vida**— la escuela pueda ofrecer a los educandos una ocasión para aprender a valorar la generosidad, la consideración y la voluntad de sacrificio, así como para ejercer estas virtudes. Todo esto, lo mismo que las numerosas publicaciones al respecto, pueden ser de gran utilidad a nuestra pedagogía, si se tiene cuidado de eliminar los excesos, de motivar cristianamente, y de ahogar el prurito de renovación... Hay algo de ingenuidad y no poca vanidad en el convencimiento de que se va a inaugurar una **era** completamente **nueva**, que van a operarse transformaciones que cambiarán la faz de las cosas y surgirá como una nueva creación. No puede, sin embargo, negarse al porvenir posibilidades que son a veces, —no siempre— un progreso. Se ha dicho que existe una “Pedagogía Perenne”, pero **duración** no implica **inmutabilidad** y en la misma filosofía, como en la vida espiritual, comprobamos esa extraña coexistencia de la permanencia y de la transformación. Los maestros de las escuelas de mañana cometerían un error al creer que tienen el deber de quemar todo lo que sus predecesores adoraron. La investigación de lo mejor no implica el desprecio y abandono de todo lo que ha sido y de todo lo que subsiste.

Pero si es un error querer romper completamente con el pasado, error es también no esperar nada del porvenir. Ni los dones más excepcionales dispensan jamás por completo de la investigación metódica y de la adquisición de una técnica. Las personas que poseen cualidades pedagógicas innatas son mucho más raras de lo que se cree, incluso entre los mismos educadores profesionales.

I — De acuerdo con los anteriores principios podemos —sin caer en el exceso de convertir la escuela en una mera **comunidad de trabajo**— utilizar ésta, considerada en toda su amplitud, para la formación social, para el intercambio libre de conocimientos y opiniones, para la preparación de la necesaria adaptación futura, para el cultivo de las facultades y el fomento de las virtudes cristianas.

También ha de aprovecharse el trabajo en común, como medio para un paso que es difícil de dar, sobre todo si ha faltado una educación familiar en este sentido: el convencimiento de que ha de haber un cuidado constante de caridad, de mutua ayuda, de respeto, con

todas las personas, cualesquiera que sean las divergencias de miras, cultura, situación social o fortuna... Es algo que, en nuestro medio, ha llegado a parecer inconcebible para las familias de la burguesía. Y quiera Dios no tengamos también culpa de ello quienes educamos sin habernos cuidado de purificar nuestros puntos de vista y de despojarnos de prejuicios, sedimentos de una primera educación y de un ambiente propicio en extremo a ellos, pero totalmente contrarios a la visión cristiana de la vida.

Enseñanza del Papa. — En tema tan delicado, son luminosas las palabras del Pontífice reinante: "Formad hombres valientes que estén en condición de difundir a su alrededor el bien y de dirigir a los demás con claridad de principios. Nuestro tiempo reclama que la mente de los alumnos se vuelva hacia un sentido más efectivo de justicia, **apartando de sí la innata tendencia a considerarse como una casta privilegiada y a repeler y esquivar la vida de trabajo.** Que ya desde hoy se sientan trabajadores y lo sean en el cumplimiento constante de sus deberes escolares, como deberán serlo mañana en los puestos directivos de la sociedad... Habitúense éstos (los alumnos) al severo trabajo intelectual y aprendan a trabajar, a soportar la dureza y la necesidad, para que merezcan disfrutar de los derechos de la vida social por el mismo título que los trabajadores manuales. Es tiempo también de ampliar sus horizontes **en un mundo menos embarazado por clases sociales** que se impugnan mutuamente, por nacionalismos exclusivistas, por imperialismos, causas de los sufrimientos de las presentes generaciones. Abrase la juventud nueva a una atmósfera de catolicidad y sienta el encanto de aquella caridad universal que abraza a todos los pueblos en el único Señor; dadles, asimismo, la conciencia de su propia personalidad, y del máximo tesoro de la libertad. Adiestrad sus espíritus en la sana crítica, pero al mismo tiempo infundidles el sentido de la humildad cristiana, de la justa sujeción a las leyes, y de los deberes de solidaridad" (9).

II. — En cuanto a la **comunidad de vida** que preconizan también las "Escuelas nuevas", puede aprovecharse en nuestra pedagogía con las limitaciones debidas. Los Hogares de Educación la ponen en práctica mediante el fomento de una vida en grupo relativamente libre, fuera de las clases o cursos. La escuela pública en algunos países trata también de favorecer la formación de una comunidad de vida de maestros y discípulos. A esto tienden también los ensayos de transferencia de atribuciones administrativas a los alumnos, excursiones y establecimientos de hogares escolares. Otros esfuerzos se han hecho para introducir al educando en otras formas sociales articulando la escuela con ellas: comunidad económica, la del pueblo organizado políticamente y la comunidad religiosa. Las escuelas confesionales ven cada día con mayor claridad su papel en este sentido; por eso los esta-

9) Pío XII, Alocución al II Congreso de la Unión Católica Italiana de Profesores.

blecimientos católicos han de laborar por convertir al educando en un miembro activo de la Iglesia, empleando para ello el mejor medio, que consiste en hacer de la escuela misma un miembro más de la vida común de la Iglesia, inculcando un genuino espíritu religioso en el alma de los alumnos.

La clase. — La formación social dentro de la clase se encuentra bajo el servicio inmediato de la labor cultural y cambia con sus fines.

Posibilidades de formación social por el trabajo de clase: a) Las relaciones mutuas entre los alumnos abarcan en el proceso del trabajo las siguientes posibilidades:

1) Algunas veces los alumnos ejecutan paralela e independientemente el mismo trabajo. Esto es imprescindible, con el fin de que el maestro compruebe el trabajo individual, obligue al esfuerzo personal, estudie psicológicamente al alumno, deje libre curso a las capacidades brillantes, al par que sensación de alivio al retrasado.

2) Trabajan juntos en las mismas labores: trabajos por equipo, intercambio de ideas para la solución de un ejercicio. Así se fomenta la servicialidad, la solidaridad, cuyas ventajas aparecen en el mejor éxito del trabajo por el complemento de las aptitudes.

3) Hacen paralelamente lo mismo, pero van de común acuerdo en ritmo y compás; articulación de trabajo, por ejemplo, recitación a coro. Esta forma de colaboración sirve de estímulo, da la noción de tolerancia, adaptabilidad, condescendencia.

4) Los alumnos trabajan en distintos ejercicios, los cuales, sin embargo, se completan mutuamente, formando las diversas partes de un todo; distribución del trabajo con la consecuente compaginación de él: por ejemplo, coleccionamiento de materiales para un álbum o cuadros murales, estudio de biblioteca sobre diversas partes de un tema dado. De este modo se fomenta el sentido de responsabilidad, la iniciativa particular.

b) La relación entre maestro y discípulos en el curso del trabajo puede ser de tres clases:

1) La iniciativa y la dirección de la enseñanza pueden correr a cargo del maestro, tal como se practicó en la llamada "escuela tradicional", a la que tantos cargos hace la "escuela nueva". El error, como he tratado de hacer resaltar, está siempre en la visión unilateral, en los extremos. Es de todo punto imprescindible en muchas ocasiones, con determinada clase de trabajos y para fines educativos, el que sea el maestro quien dé la norma y señale los caminos.

2) Los alumnos pueden tener la iniciativa y la dirección correrá por cuenta del maestro: escuela de H. Gaudig o del trabajo espiritual libre.

3) Por último, ambas cosas: iniciativa y dirección, pueden ponerse a cargo de los alumnos. Así se practica, por ejemplo, en las Escuelas de Comunidad de Hamburgo.

c) La relación de trabajo entre maestro y discípulos da lugar asimismo a determinadas formas externas de la clase: la ordenación de asientos **en filas**, frente a la **cátedra elevada** del maestro, corresponde al trabajo escolar paralelo, a base de iniciativa y dirección por parte del maestro.

En los otros casos es más indicada la agrupación irregular y libre, o bien, la distribución en círculo o semicírculo.

Formas de vida en común que se originan en la clase: Fuera del proceso del trabajo, podemos determinar las siguientes: de comunidad, de superioridad, de subordinación, de lucha, de derecho, y de grupos espontáneos. Hay que tener en cuenta, eso sí, las diferencias que imponen la edad, el sexo y el ambiente en que han transcurrido los años de la primera infancia.

a) **De comunidad.** Generalmente todos los alumnos se sienten unidos a base de la misma suerte y modo de vida, en un compañerismo de clase que se exterioriza en un proceder de solidaridad; es el fundamento del "espíritu de clase" que se fundamenta en un código tácito de normas reconocidas por todos los compañeros. Se forman asimismo grupos de compañeros basados en la repetición en común de unos mismos actos: compañeros de camino hasta la escuela, de juego, etc. Por último, amistades que —como había dicho—, no nacen propiamente hasta la pubertad, y se distinguen del compañerismo por el carácter personal de la recíproca simpatía, limitada a dos alumnos, y por la tendencia a la realización en común de la vida escolar.

Estas tres formas de comunidad son propicias para la educación de los sentimientos sociales y la represión de los antisociales, si un educador competente sabe utilizarlas y encauzarlas. Aunque, hablando en general, puede decirse que las tres se presentan en cierto sentido al mismo tiempo, sin embargo cada una de ellas es característica de una determinada época del escolar. Para el **niño de ocho a diez años**, el colegio llega a ser el centro de sus intereses y el lugar en donde debe desarrollar sus deberes; por ser su actividad puramente escolar, su sociedad la forma solamente la clase en la que él es estudiante y en la que transcurre la parte más importante de su vida. La familia y la casa son en estos momentos de importancia secundaria, porque no encuentra en ella compañeros y esto, sobre todo, si el número de hermanos es reducido. Un poco más tarde, al **empezar la pubertad**, se efectúan profundas transformaciones en cuanto a las relaciones sociales; se afloja la íntima ligadura que ataba el niño al colegio, porque la "masa" escolar le parece demasiado heterogénea y ya no responde a su necesidad interior de unirse con los compañeros. Entonces busca el estar junto a aquéllos que le son más afines por gustos e inclinaciones; ya no busca el gran grupo, la clase con muchos compañeros, sino que escoge un grupito de tres, o a lo más seis. Estos

no están unidos con lazo de amistad aunque se llamen mutuamente "amigos", sino que son —sencillamente—, compañeros de juego, de actividad. En tercer lugar, la verdadera amistad, que aparece **más allá de la pubertad**, pues antes no estaba basada en motivos de orden moral o social.

Salta a la vista que tanto el **compañerismo**, como los **grupos parciales** y los **amigos**, son instrumentos que el educador no puede contentarse con cuidar a fin de que no hagan daño, sino que se le hace preciso, de toda urgencia, utilizarlos para sacar de ellos el mayor rendimiento posible: el "espíritu de clase" puede informarse —mediante una influencia inteligente—, con ideales elevados; el compañerismo, la mutua ayuda, la misma emulación, pueden convertirse en virtudes cristianas; la amistad puede elevarse hasta llegar a ser medio poderoso de mutuo perfeccionamiento.

b) **Superioridad y subordinación.** Una clase es una agrupación social, no una simple yuxtaposición de alumnos que reciben una enseñanza común. He ahí la primera noción que hay que hacer vivir a los niños; pero quien dice sociedad, dice agrupación organizada. Una buena organización de la clase (disciplina, empleo del tiempo) es una de las primeras condiciones para despertar el sentido social, que implica el sacrificio de los puntos de vista, de las actividades, de los deseos propios, a fortiori el de los caprichos, para la buena organización del conjunto.

Se puede coducir sin demasiadas dificultades a los grandes y medianos, si nó a los pequeños, a comprender la necesidad de esta subordinación de los individuos a la colectividad, haciéndoles ver por los hechos las ventajas que de ello resultan y dejándoles soportar las consecuencias desagradables del desconocimiento de esta ley de la vida social. La autoridad debe ejercerse en este sentido, de manera que se obtenga el libre consentimiento, la sumisión necesaria, evitando por encima de todo dar la impresión de exigencias arbitrarias, de frenazos a voluntades individuales. Las iniciativas personales son indispensables en la vida social y las personalidades fuertes son las que dan el mejor rendimiento social. Es preciso hacerles experimentar que someterse libremente a las exigencias de la vida social no es abdicar, sino al contrario, realizar la primera e indispensable condición de toda actividad fecunda.

En toda clase existen categorías entre los alumnos; es evidente la graduación, que se basa, bien en capacidades peculiares: literatura, cálculo, juego, idiomas, dibujo, etc., o bien en la personalidad, es decir, en la mayor o menor aproximación al ideal de personalidad de cada clase. Como resultado de lo anterior, o de manera independiente, resulta una tercera categoría, que pudiéramos llamar de autoridad y que se presenta ante todo en forma de dirección. Los "jefes" encuentran en los condiscípulos, cuando menos en una parte de ellos, una subordinación voluntaria. Su función consiste en la iniciativa respecto a diversos actos o bien en el sancionamiento de proposiciones ajenas.

El jefe de un grupo no lo es por elección o deliberación de los compañeros, sino por el espontáneo consentimiento de todos. No es siem-

pre el más inteligente, ni siquiera el más estudioso. La unidad del grupo no está basada, de hecho, sobre la emergencia de las capacidades de sus componentes. El que en un determinado momento llega a ser jefe, personifica mejor las exigencias sociales del lazo que une a los muchachos, es decir, se impone por el espíritu organizador, por la prontitud de orientación, por la intuición más rápida. Sobre todo, es aquél de quien los demás aceptan la acción directiva.

Quizás en ningún aspecto como en éste se necesita intuición pedagógica y el condimento de una no pequeña habilidad en el manejo de la psicología práctica. Porque, respecto a las categorías de valor que los mismos alumnos establecen, es preciso destacar lo que realmente se lo merece, no sea que contribuya la educación a aumentar el número de los que, en esta nuestra pobre sociedad, valoran a las personas por las apariencias, de suerte que se aprecia más una elegante figura o un traje bien cortado, que el talento y la virtud. Y aún entre los valores verdaderos hay que establecer jerarquía, de manera que lo sobrenatural esté por encima de lo natural; lo espiritual prevalezca sobre lo material; lo adquirido mediante laudable esfuerzo supere en consideración a las dotes naturales. Si todo esto se hace con prudencia, mesura, y dentro de la verdad, lejos de crearse personalidades infladas, complejos de superioridad o de inferioridad, envidias malsanas, se siembra el estímulo, se crea la conciencia del propio valer, la gratitud para con Dios, el sentido de responsabilidad y una capacidad de juzgar que permitirá distinguir el oro del oropel.

Respecto a la categoría de autoridad, un avisado pedagogo hará del espontáneo jefe un futuro conductor, enseñándole que la mejor manera de mandar es servir, iluminando su inteligencia para que pueda llegar algún día hacia la meta de ideales dignos y forjando su voluntad en la práctica del renunciamiento en favor de los demás, puede asimismo aprovecharse de su influencia en la clase para fines inmediatos, pero no con exclusivismos chocantes que pueden perjudicar la marcha general, tanto como deformar la personalidad del niño, y prescindiendo por algún tiempo o en absoluto de él, al menor asomo de altanería o jactancia.

c) **Pugna.** Ocurre en clase, ante todo, en forma de rivalidad, emulación por el prestigio personal. Sólo rivalizan entre sí aquellos que se hallan en un pie de igualdad en cuanto a categoría. Esta lucha puede tener lugar, bien a base de esfuerzo positivo y de perfección en el trabajo, bien por la disminución del adversario y el realce de la propia persona: jactancia, mentiras, etc.

Es evidente la necesidad de fomentarla bajo el primer aspecto, que es muy conveniente, y de corregirla bajo el segundo. Algunos educadores temen a esos caracteres ambiciosos que no saben contentarse con segundos puestos y parecen no poder soportar ser superados. Hay que tener presente que el niño, abandonado a sí mismo, torcerá no sólo ésta, sino muchas de sus inclinaciones naturales que aparecen como menos peligrosas; por eso precisa una mano firme y experta; con su ayuda, ese apremio íntimo y continuo de superación se actuará en una personalidad rica y bien lograda. En cambio toda mez-

quindad, toda inclinación a hacer de los demás un escabel de la propia grandeza, debe ser corregida enérgicamente. En esto tiene gran papel el ejemplo: qué labor destructora la del profesor que en presencia de su clase menoscaba, siquiera sea con una sonrisa, a uno de sus compañeros de magisterio.

d) **De derecho entre los alumnos;** es decir, imposición recíproca de deberes y obligaciones nacidas del mismo orden común de la clase y que representan una especie de actividad con muchas determinaciones particulares.

Algunas veces tales deberes brotan del "espíritu de clase" de que hablaba; otras son directamente impuestos por circunstancias determinadas, como la participación en el gobierno concedida a los alumnos por parte del profesor, con la consiguiente distribución de cargos y obligaciones; o los sencillos menesteres diarios tendientes a mantener el aula en orden; o bien, las actividades culturales, patrióticas o religiosas que el grupo desarrolla.

En cuanto a los deberes derivados del espíritu de clase, surge una serie de problemas que sería prolijo enumerar y que son bien conocidos de cuantos se dedican a la enseñanza: hacerse solidarios con quien ha recibido un castigo; ocultarse mutuamente las faltas, etc. Todas estas cosas pueden entrar, según los casos y el ambiente de la clase, en el código tácito de **deberes**. Que el profesor corrija desviaciones, oriente el sentimiento de la lealtad y evite las imprudencias y estrecheces de espíritu, que le harían perder influencia ante los alumnos. Y que explique cuándo hay que denunciar una falta perjudicial.

e) **Masas o colectividades espontáneas.** Se producen en la clase ocasionalmente y de manera transitoria, gracias al recíproco contagio sentimental, ya en forma suave de crear una opinión general del grupo, ya —en casos de más alta tensión afectiva— en manifestaciones catastróficas: accesos de alboroto e indisciplina, por ejemplo.

Lo primero ocurre generalmente debido a un cambio de actividad, o alteraciones en el régimen establecido, o —más generalmente—, a una actitud alegre, abatida, deprimida o nerviosa del maestro o de algún alumno.

Lo segundo puede ser causado por circunstancias como la llegada de un profesor forastero, la actitud excesivamente rígida del que mantiene el orden gracias a amenazas, castigos o reprensiones... Al menor descuido recibirá la "recompensa" en la consiguiente relajación del orden y del respeto. Asimismo puede producirlo cualquier incidente durante un descanso prolongado o una clase carente de interés.

Estas circunstancias en las que —como dije al hablar de la masa—, tiene predominio lo afectivo sobre lo intelectual, pueden utilizarse para la educación si son favorables, y han de afrontarse con serenidad en el caso contrario. A nadie se le escapa que un rostro siempre alegre, una actitud recogida en la plegaria, un timbre de voz entusiasta en las narraciones, una honda emoción que se deja traslucir ante la belleza en cualquiera de sus formas, y la apacibilidad ante el fracaso o la resistencia, y el sosiego en las circunstancias imprevis-

tas, y el optimismo ante las dificultades, etc., contagian el ambiente y ejercen una influencia tanto más eficaz, cuanto menos advertida. De este modo, una materia ardua puede volverse fácil; un trabajo ingrato trocarse en agradable; unas notas bajas o un campeonato perdido, en estímulos para triunfos posteriores.

Las situaciones embarazosas que provocan las colectividades contagiadas de alta tensión afectiva, tengamos de ellas la culpa o no, sólo pueden dominarse con el arma de la serenidad; gritos, gesticulaciones, actitud excitada, no consiguen otra cosa que fomentarlas, haciéndose más difícil por ello el restablecimiento del orden.

f) **El aislamiento.** Puede tener su origen en el hecho de que el alumno experimenta la falta de interés de los demás y permanece alejado de toda la vida social a causa de ello. También porque rehuya la compañía a consecuencia de sentirse herido en su afán de prestigio, o porque sea positivamente rechazado por los condiscípulos como un objeto fastidioso. Sólo con la pubertad se fija el tipo del escolar que busca la soledad quizás con intenciones malas.

Ocurre con frecuencia que el aislamiento provenga de una desadaptación. No es fácil a un muchacho penetrar en una clase o grupo, porque sus miembros ordinariamente están unidos sólidamente entre sí, de tal manera, que la entrada en el grupo de uno nuevo puede causar algún transtorno. De hecho, un niño que se presenta en una clase ya empezado el curso, es recibido poco benévolutamente; si posee cualidades para dominar a sus compañeros o secundarlos, puede incorporarse fácilmente; en cambio, si es tardo o débil, puede muy pronto ser objeto de burlas o de un tratamiento distanciante.

La solución de los problemas que plantea el "aislamiento" está a la mano de todo educador perspicaz y hábil; la dificultad se perfila con menos agudeza a medida que aumenta la edad; y cuando se ha logrado impregnar el ambiente de piedad cristiana, no faltarán uno o varios alumnos que hagan actuante su caridad.

La agudización de la mirada en torno a las relaciones y procesos sociales de la clase, dará al educador la posibilidad de enlazar sus esfuerzos pedagógicos con las manifestaciones naturales existentes, e influírlas, estimulándolas o refrenándolas mediante su oportuna intervención. La educación del alumno **para la comunidad**, de ningún modo puede resultar tan eficaz como por medio de la estructuración racional de la **vida de comunidad en la clase**, sobre todo si en esa clase se enamoran los educandos de los grandes ideales como son la caridad, el patriotismo, la misión obligatoria de la clase misma ante el futuro.

Los equipos. — Deben contarse entre las comunidades que desarrollan el sentido social. Pero importa determinar bien lo que entiende por "equipo" nuestra pedagogía y su importancia en la educación de la solidaridad.

Un equipo es una comunidad de trabajo, como una familia es una comunidad de vida. Los alumnos se agrupan para una tarea escolar, teórica o práctica. Por este medio se obtiene la educación del sentido social, de la personalidad, de la libertad, de la disciplina, del

sentido del deber, de la abnegación. El equipo es aún más importante en los internados y será tanto más necesario establecerlos, cuanto que el año escolar sea más largo; esto, porque los equipos aseguran el ritmo "tensión-descanso", indispensable en la prolongación de un esfuerzo.

Hay por tanto diferencia entre "equipo" y "clase". En ésta, los alumnos están reunidos por circunstancias exteriores y cada uno prosigue su trabajo personal, sobre todo si es intelectual, de modo individual. En cambio el equipo implica un elemento voluntario en la unión, que llega a serlo no sólo de trabajo, sino de corazones y de espíritus. La ayuda mutua es un fin y un medio, lo mismo que la recíproca formación, y ambos elementos se van haciendo más importantes a medida que el trabajo proporciona más numerosas ocasiones.

También se distingue el equipo de la familia; ésta, como ya dije, es comunidad de vida: oraciones, tradiciones, comidas, descansos, diversiones, trabajos libres... Mientras el equipo tiende, para facilidad y rendimiento en el trabajo, a la más grande igualdad entre sus miembros, en la familia existe la mayor diversidad, porque la vida así lo manda y lo realiza. Hay en ella disciplina más amplia, relaciones más afectuosas, atmósfera más serena; no por eso deja de ser formadora, a su manera. El equipo establece un ritmo excelente entre la vida de escuela y la de descanso. Su espíritu es un espíritu comunitario; cada uno para todos, todos para cada uno. No es sólo abnegación, sino una disposición perpetua a acoger todo lo que puede recibirse de los otros, a la fusión del esfuerzo particular con el del conjunto.

Bien comprendido, el equipo impone a sus miembros estos deberes:

- a) Dar buen ejemplo.
- b) Mantener en cuanto está de su parte y dentro del equipo la alegría, el gusto por el trabajo, la docilidad hacia los profesores y el respeto y confianza para con toda autoridad.
- c) Estar en disposición de aceptar la ayuda y los consejos de los camaradas, de reconocer los propios defectos y de confesar y reparar las faltas.
- d) Alentar el entusiasmo por el trabajo, dándole una gran importancia al que debe permanecer anónimo.

Tal espíritu es, por otra parte, necesario en toda comunidad, pues los grandes enemigos de la solidaridad son el egoísmo y el orgullo, bajo todas sus formas, en particular la envidia.

El mayor provecho de los "equipos", pedagógicamente concebidos, es que educan la **libertad** y la **responsabilidad**. Para probarlo voy a permitirme repasar algunas nociones fundamentales que todos conocemos, pero que nunca sobra precisar:

La libertad puede ser considerada desde dos aspectos bien diferentes: libertad física y libertad humana. La primera es simplemente la que experimentamos cuando nada impide nuestros movimientos ni el

funcionamiento de nuestros órganos. El animal salvaje goza de ella tanto como el hombre y a menudo más que él. La libertad humana, en cambio, es la facultad de determinarnos por nuestra razón a hacer o no hacer; a hacer esto más bien que aquello, dentro de lo honesto.

Lo que se llama generalmente libertad —y que no es otra cosa que la libertad física—, no es sino apariencia de verdadera libertad, puesto que está sin cesar limitada a pesar nuestro, por la naturaleza y la sociedad. La libertad humana, al contrario, es cuestión de voluntad personal.

Llamamos independencia la condición de quien no depende de nada ni de nadie; en el sentido absoluto esta palabra sólo puede aplicarse a Dios. En el lenguaje ordinario solemos llamar independientes a las personas a quienes, por carácter, cuesta más la dependencia, y que buscan libertarse de ella por todos los medios posibles. Tal rasgo es una **calidad** cuando tiende a libertarnos de todo lo que nos debilita o envilece; la sencillez es una excelente forma de independencia. En cambio es un **defecto**, cuando tiende a sustraernos del orden: la indisciplina y la desobediencia son formas detestables de independencia y son pecado.

De nuestro estado **dependiente** y de nuestra **libertad**, surge una consecuencia: la **responsabilidad**, o sea la obligación en que nos vemos de “responder” de nuestros cargos y obras. Siempre, y en definitiva, somos responsables delante de Dios, delante de la expresión de su voluntad en nuestras almas, que es nuestra conciencia. En segundo lugar, en la mayor parte de los casos, somos responsables ante la sociedad y ante la autoridad de que dependemos y esto en la medida de tal dependencia.

La responsabilidad brota de la libertad, porque nadie, ni Dios mismo, nos haría cargos por algo que no estuviera en nuestra libertad hacer o evitar. Por otra parte, es consecuencia de nuestro estado dependiente, porque tenemos que rendir cuentas a aquellos de quienes dependemos bajo algún aspecto. Y no sólo dependemos de los superiores, sino en gran medida de los iguales e inferiores, porque ellos tienen sobre nosotros los derechos que les da su condición de seres sociales. Por otra parte, mientras más autoridad tengamos más dependientes somos, porque la autoridad no se ha dado a nadie sino para el bien de la sociedad. Gobernar es servir.

No se necesita ser muy avisado para comprender cuán eficaces son los equipos para que niños y jóvenes comprendan y lleven a la práctica estas importantes nociones. Un esfuerzo que no tiene por estímulo la ambición de premios ni el temor a sanciones escolares —indispensables, pero creadoras de un ambiente artificial—, hace que tengan algo así como la vivencia de su propia personalidad. Además: la necesidad de mutua ayuda, la conciencia de que en el bien éxito o en el fracaso colectivo habrá una parte personal, aviva el sentido de la responsabilidad, con todas sus valiosas consecuencias: energía, constancia, desinterés, adaptabilidad, mortificación, mérito, etc.

Antes de terminar estas anotaciones sobre la **escuela** y las comunidades más pequeñas que dentro de ella preparan para la vida comunitaria (clase, juego, asociaciones piadosas y culturales, equipos

de trabajo), deseo hacer una observación que al mismo tiempo sirva a manera de resumen:

Es imposible ocultar que son pocos los educadores que han comprendido que la vida habitual de los niños entre sí, es la mejor escuela de formación social. Esto es una verdadera pérdida de posibilidades. Cuando un maestro o maestra se dedica a hacer a sus alumnos profundamente cristianos y por lo tanto, muy sencillos, las relaciones de camaradería en una clase, en una división, en todo el establecimiento, sobrepasan por sus resultados a toda esperanza. La ayuda material, intelectual, moral, se organiza como espontáneamente; algunas veces suscita grupos estables de una vida de equipo. Por todas partes desarrolla el sentido de la colaboración y de la responsabilidad. Normalmente, tiende a hacer inútiles o al menos no indispensables las reglas de disciplina, y termina en una forma moderada de selfgovernment.

El sentido de la **solidaridad** y el de la **colaboración**, son elementos del sentido social. El primero se cultiva por las responsabilidades colectivas, sancionadas por la autoridad, bajo la forma de una recompensa que se ganará en conjunto. El segundo encuentra múltiples medios para su desarrollo; los métodos pedagógicos recientes apelan a ellos, y los alumnos de todas las edades responden con entusiasmo; el trabajo en equipos, por ejemplo, en el que todos los esfuerzos individuales tienden al éxito común, lo que hace desaparecer las rivalidades de persona a persona con sus desastrosas consecuencias morales. Hay que velar, sin embargo, porque la constitución de los equipos sea tal, que no sustituyan las rivalidades colectivas a las individuales.

El aprendizaje de la **solidaridad** y de la **responsabilidad** desborda a menudo el cuadro de la clase o de la división. No son escasos los colegios, sobre todo fuera de nuestro medio, en donde los alumnos mayores se encargan a ciertas horas y aún habitualmente, de los más jóvenes. En algunos establecimientos modernos tiende a establecerse, sobre todo en los internados, la organización de equipos por familias. Así se viene practicando, por ejemplo, en un pensionado francés femenino, con un resultado halagador: las grandes, aunque con ciertos privilegios, no se separan sin embargo de las demás, sino que al contrario, deben tomar a su cargo a medianas y pequeñas. En el refectorio dos mayores presiden cada mesa y velan por la compostura y buenos modales de sus compañeras, al par que orientan la conversación. A las mejores se confían las más difíciles, que al sentir el beneficio de su influencia, la reclaman. Las más grandes vigilan con actividad recreos y estudios de pequeñas; les enseñan a participar en la santa misa o colaboran —bajo la dirección de las maestras— en la preparación a la primera comunión.

La estructura de los internados parece haber sido establecida para este fin: despertar el sentido de los demás. Porque, antes de aliviar las miserias lejanas, no conviene preocuparse por el compañero, tan próximo a sí?

Hay en todo esto, me parece, una ocasión hace tiempo demasiado descuidada, de verdadera formación social.

Es preciso también evitar el extremo contrario y dar a la educación "por la comunidad" un valor absoluto de que carece. Si la

comunidad considerada como meta tiene sus límites, también los tiene ciertamente como medio. La vida en la comunidad escolar, no conduce por sí misma a la comunidad. Las modernas apreciaciones no pueden olvidar el valor de los castigos como medida educativa, en caso de determinadas conductas antisociales del educando, ni la necesidad de una formación positiva teórica y práctica.

Tampoco puede extremarse la "comunidad de vida" entre profesores y alumnos hasta el punto de menoscabar el principio de autoridad. **Siempre será el maestro quien guíe**, aunque a veces sea conveniente que **parezca** lo contrario. Es conveniente que el preceptor se incline hasta el niño, pero no para quedarse de su estatura, sino para elevarlo con él.

Quiero apoyar este concepto en las palabras de un notable pensador, psicólogo y pedagogo moderno, ya varias veces citado:

"El self-government de la juventud debe ser simplemente un medio para educarlo en un sector bien determinado: sector que abarque la responsabilidad consciente, la tendencia a una cooperación activa con la autoridad, la libre obediencia y el interés por apreciar, mantener y cumplir las oportunas sanciones.

"No debe el educador adaptarse a los que debe formar, porque, entonces, desampararía al alumno en las profundidades de su inconciencia.

"La camaradería general entre educadores y alumnos, sin una distancia bien delimitada, sin una jerarquía de funciones netamente establecida, resulta incompatible con la verdadera educación.

"Democracia, sinónimo de igualdad, es una pedagogía peligrosa; es, sobre todo, funesta para aquellos que querría alhagar: desampara totalmente a la juventud, siendo así que se trata de su competencia, de su capacidad, de sus derechos y de sus deberes" (10).

Despertar del sentido social a través de la enseñanza. — Según el acuerdo N^o 9 del I Congreso Interamericano de Educación Católica, reunido en Bogotá en el año de 1945, se hacía indispensable impartir en todos los establecimientos de educación una mejor formación social.

Voy a transcribir íntegramente este hermoso acuerdo que "si no se ha cumplido como era necesario, ello se debe a que el profesorado no está suficientemente preparado".

"El Primer Congreso Interamericano de Educación Católica,

Considerando:

1 — "La existencia del peligro grave del comunismo para la juventud escolar de la América Latina, nacido principalmente de la falta de preparación doctrinal que permita contrarrestar el apremio y los engaños de la propaganda;

10) Foerster, *Jugendseele-bewegung-ziele*, págs. 84-85.

2 — “Que para conjurar este peligro no basta la represión externa y violenta de comunismo, ni la preservación artificial de los educandos, sino que es indispensable una preparación eficaz, intelectual y moral.

Acuerda:

1 — “Crear en todas las instituciones docentes católicas (colegios, universidades, etc.), la cátedra de sociología católica;

2 — “Editar un manual que dé a conocer, en forma positiva, la doctrina social de la Iglesia;

3 — “Instituir centros especializados de Acción Católica, dentro de los colegios y universidades, que formen la auténtica conciencia social católica de nuestras juventudes;

4 — “Adiestrar a los alumnos de los colegios en círculos de estudios, a exponer en forma adecuada y conveniente las ideas católicas, preparándolos así para la defensa y propaganda religiosa, con la mayor eficiencia técnica y con espíritu de caridad;

5 — “Infundir en los alumnos un gran espíritu religioso y apostólico que los impulse a una obra constructiva y práctica en el terreno social, atrayéndolos a la práctica de la caridad cristiana en las Conferencias de San Vicente, las visitas a los pobres, fábricas, hospitales, que pueden darles conocimiento de las duras realidades de la vida de los pobres;

6 — “Secundar el ejemplo de caridad y justicia en el trato que demos y salario que paguemos a nuestros sirvientes, empleados y maestros;

7 — “Recomendar así mismo la obra post-escolar, guiando a los antiguos alumnos en una labor social, y en particular en el sostenimiento de institutos obreros, universidades populares, etc.”

Es evidente, la forma misma en que el acuerdo está concebido lo supone, que la enseñanza social debe darse bajo una doble forma: teórica y práctica. Toda enseñanza moral, en efecto, requiere primero el pensamiento, el juicio, las convicciones, y después el llegar a la realización, a la formación de hábitos. Alumnos y alumnas de las clases superiores se interesan por la exposición de las cuestiones sociales, pero con un interés en general intelectual, porque no han sufrido, llevan una vida relativamente fácil y son egoístas. Por eso, si no se quiere permanecer en lo abstracto y conseguir un resultado efectivo y duradero, es preciso presentarles hechos, relaciones de los hechos, comparaciones. No basta la mera enseñanza abstracta pero tampoco son suficientes las solas consideraciones sentimentales o morales.

Se hace indispensable, y tal necesidad es de todos reconocida, un mayor acercamiento de la juventud a los problemas que interesan

a la sociedad moderna, para que los estudie y aprenda a afrontarlos y resolverlos. "La nueva escuela en todos los países, en todas las latitudes, ha sentido el empuje de las ideas más avanzadas de educadores que han tratado de aproximar la escuela a la vida, vitalizando el dicho de los romanos: "Non scholae sed vitae discimus". Formar el hombre para la vida familiar, social, patriótica y religiosa. El hombre por naturaleza es un sér social. Nace, crece y vive para la sociedad. El joven no puede sustraerse al influjo de su curriculum vitae: familiares y amistades, cada día para él más amplias. Pretender arrancarlo y aislarlo de su ambiente es imposible y peligroso. Consiguientemente hay que curtir al joven y prepararlo para las dificultades que en un próximo futuro se le avecinan, si no las tiene ya planteadas hace años" (11).

Enseñanza social teórica. — La enseñanza social teórica puede impartirse de dos maneras: I - De una manera indirecta, aprovechando para transmitir el espíritu social e ilustrar las mentes al respecto, las ocasiones que presentan casi todas las materias del programa y las incidencias de la vida diaria. II - Directamente, estableciendo un curso o clase especial, ciclo de conferencias, etc.

En esto, como en todo, están divididas las opiniones; pero permítaseme repetir una afirmación hecha ya al principio de este trabajo; en general lo que nos falta para impartir eficazmente una enseñanza social según el espíritu católico, es decisión, preparación, entusiasmo, quizás convencimiento de la urgencia de hacerlo. Los medios son múltiples, están a nuestro alcance, y pueden acomodarse a las circunstancias y pareceres de profesores y establecimientos.

I. — Enseñanza social indirecta. — Dos motivos inducen a la mayor parte de los educadores a no dar una enseñanza social teórica de modo directo, sino a aprovechar los cursos de religión, moral, filosofía, historia, etc.: la falta de tiempo para insertar una hora suplementaria en un horario de suyo demasiado recargado, o el pensar que es preferible no tratar cuestiones sociales aparte, sino injertarlas en las materias consideradas por los discípulos como primordiales.

Hay que reconocer que las nociones dadas fortuitamente, en el curso de lecciones de catecismo, historia, geografía, etc., ofrecen cierta ventaja: no presentan el aspecto de *sermón*... sino de la evidencia de los hechos. Puede obtenerse con ello resultados verdaderamente dignos de tenerse en cuenta, con tal que la enseñanza así impartida no se quede como algo teórico, sino que conduzca a juicios prácticos sobre las condiciones sociales descritas y a la búsqueda de soluciones concretas, que permanecerían estériles si no estuvieran situadas en su contexto humano. Además, es preciso tener en cuenta que lo "fortuito" lo es tan solo en apariencia, pues es cosa sabida que tales enseñanzas han de ser preparadas, calculadas, medidas y orientadas. A no ser que

11) Hno. Heraclio León F.S.C. *Necesidad de una formación social en la juventud contemporánea*. Ponencia en el V Congreso de la CIEC, Memorias del mismo, pág 591.

fluyan del alma de un verdadero apóstol social, porque para él son el desbordar de un estado íntimo y, aún sin preparación inmediata, brotan de sus labios en el momento oportuno, dirigidas por una intuición que las hace ser siempre completas y eficaces.

Daré algunos ejemplos acerca de lo dicho, para ilustrar el modo como las materias del p^énsum pueden aprovecharse para transmitir enseñanza social.

Religión y moral. — Si la instrucción religiosa tiende a formar en los niños y jóvenes una piedad robusta, varonil, sana y alegre, se están poniendo los cimientos sólidos para una preparación a la vida social. “El cristiano debe ser al par hombre simpático; nuestro empeño ha de ser que descuelle, no solamente en la moral, sino que sea al mismo tiempo un carácter delicadamente formado y agradable en sociedad” (12). Polarizar la enseñanza del catecismo hacia la instrucción religiosa, divorciándola de su contenido social, es plantear equivocadamente un problema fundamental. Acaso no está en nuestra **filiación divina** la razón de ser, la sublime razón de ser, de la fraternidad cristiana? La religión no puede desprenderse, sin funestos resultados, de la vida total del niño, y del adolescente sobre todo.

La religión es un manantial de sabiduría educadora; los problemas por ella resueltos: existencia de Dios, creación, naturaleza del hombre que es imagen de Dios, inmortalidad del alma, filiación divina, postrimerías del hombre, etc., son luz, alimento y disciplina. Y qué fuerzas dinámicas sacará de su seno un pedagogo piadoso, para obligar al alumno a transformarse, a someterse, a ayudar, a sacrificarse por los demás, a levantarse, a perdonar...!

Y para todo esto no hay que alterar el programa señalado, ni dar instrucciones suplementarias, basta poner fervor, entusiasmo y habilidad pedagógica a la diaria enseñanza.

Desde el comienzo, la clase de religión dentro de los institutos católicos, tendrá como base la estructuración de una conciencia moral definida. La moral cristiana no es un capricho de la Iglesia, ni de quienes la gobiernan. “Las obligaciones de la moral se basan en la esencia de la naturaleza humana y en sus relaciones esenciales, y son valederas para cualquier lugar en que el hombre se encuentre” (13). La Sagrada Escritura, la Historia de la Iglesia, han de aprovecharse para dar al joven una idea cristiana y cabal del significado y valor del hogar, la familia, la sociedad política, los semejantes, la comunidad eclesiástica... Es sobre todo necesario que la enseñanza religiosa no sea algo frío ni desvinculado de los temas que atañen al alumno por lo cercano y estrechamente unidos a su vida. La religión, sobre todo tratándose de adolescentes, no debe limitarse a la explicación más o menos memorizada de unas cuantas verdades intangibles, sino encaminarse a la formación ética integral. Porque es muy verdadero, aun-

12) Rademacher. (Citado por el Hno. Heclio León en la ponencia citada).

13) Pío XII

que vaya volviéndose casi un lugar común, el que de los perniciosos atractivos de la vida moderna sólo triunfarán los jóvenes formados de tal modo que, con el cuerpo erguido, la vista en las alturas, la mente ávida de saber, quieran ser fuertes y conservarse puros, alimentar pensamientos dignos y ocuparse en actividades sanas, confiados en el poder de Dios y en la cautela ante las tentaciones.

La filosofía. — No quiero tampoco detenerme, porque ésta, lo mismo que la religión, no es propiamente una materia que haya de servir ocasionalmente para impartir enseñanza social, sino más bien la esencia misma de la enseñanza. Y esto, no solamente tratándose de puntos del programa que se refieren directamente al tema (individuo y sociedad, deber y derecho, propiedad, justicia, etc.), ni cuando en el curso de la historia de la filosofía aparecen las figuras de quienes originaron intelectualmente las grandes convulsiones sociales, sino también al asentar los sólidos cimientos de la metafísica tradicional y al proporcionar a los alumnos, en criteriología y lógica, armas con que defender los principios sociológicos de la filosofía cristiana. Por otra parte, una bien orientada enseñanza de la psicología, al dar al alumno el conocimiento del hombre lo preparará para la pacífica y provechosa convivencia con los demás, o para ocupar su puesto de dirigente en la sociedad. Todos sabemos, además, que la ética es base de la sociología.

Historia. — Su programa permite profundizar el aspecto social de los acontecimientos políticos, seguir la evolución social desde la antigüedad hasta nuestros días, insistir sobre la condición de los trabajadores al comienzo del siglo XIX, después de haber hecho resaltar las corporaciones de la Edad Media, el artesanato, el movimiento sindicalista, el pauperismo en Inglaterra, la Revolución Francesa, etc. En cada época podemos asistir a la revolución de la sociedad, penetrar en su género de vida, tratar de comprender las condiciones en las cuales —de arriba a abajo en la escala social—, se juega la lucha por la vida. Cuántas cuestiones se suscitan entonces! La esclavitud es conforme a la dignidad humana? Qué concepción tenían los griegos y los latinos del valor del hombre? Y los modernos totalitarismos? Los privilegios de la nobleza eran legítimos en vísperas de la Revolución Francesa?

Hay temas de interés para los alumnos que no han de pasarse inadvertidos. Por ejemplo: al estudiar las luchas entre patricios y plebeyos verán las mismas incomprensiones, envidias y rencores que se oponen hoy entre el mundo del capital y del proletariado; al comparar las condiciones de trabajo adivinarán las transformaciones que han debido operarse en una sociedad, a medida que el taller se ha visto suplantado por la gran fábrica.

Muy útil será sobre todo profundizar estos aspectos en el curso de la historia patria; no es la historia de una nación por naturaleza social? Por último: los acontecimientos contemporáneos, las brillantes cuestiones de actualidad, (sesiones de la ONU, proceso del Cardenal Mindszenty, cuestiones coloniales, etc.), son otros tantos motivos para entrar a fondo en el problema de los derechos de la persona humana, de la libertad de enseñanza, del derecho que tienen los pueblos que

llegan a la mayor edad para disponer de sí mismos, de la soberanía internacional de la Iglesia, etc.

Es preciso procurar ante todo, que los educadores no reduzcan la enseñanza de la historia a las empresas bélicas, cuyo feliz éxito o cuyo fracaso condiciona los períodos de exaltación o decadencia patrias. Que no presenten sistemáticamente como enemigos o rivales a los países fronterizos, haciendo menos caso de las empresas comunes de carácter espiritual o cultural.

La geografía tal como felizmente se enseña hoy, como ciencia del hombre que puebla y explota la tierra, su dominio, viene a ser el terreno indicado en donde las nociones sociales, algo abstractas, se precisan y concretan. La geografía humana y la económica ofrecen una amplia materia al desarrollo del sentido social. Los ejemplos abundan: costumbres de los diversos países que reflejan sus preocupaciones sociales, diferencias de razas y pueblos, relatividad del standard de vida —que tan considerables consecuencias económicas trae—, relaciones entre la producción y la riqueza general de un país, etc.

La literatura, debería ocupar un lugar de preferencia en la formación social; influencias sufridas y ejercidas por los escritores, por ejemplo. La escogencia de los libros de texto, de las lecturas y de las antologías para consultar, es en extremo importante, porque serán ellos los compañeros habituales del alumno. Un avisado profesor de literatura procura mantener su clase al tanto de las actualidades literarias y entre ellas las más abundantes son hoy de tema social; de ellas puede sacar abundante material para la formación social, explicándolas, provocando discusiones, críticas y conclusiones prácticas.

En fin: hasta en las artes, en las lenguas vivas y en los más sencillos problemas matemáticos, podemos despertar y orientar el sentido social.

Aprovechar las circunstancias de la vida diaria. — Una educación más positiva del sentido social —aprovechando los métodos justificados de la moderna pedagogía y que esquematicé un poco más atrás, al referirme a la educación por la comunidad—, debe tener lugar normalmente en los ejercicios educativos que se proponen a los niños. Si entre los 7 y los 12 años, los educadores no han desarrollado pacientemente y sin cansancio el sentido de “los otros” y el cuidado del “bien común”, es vano esperar que el sentido social pueda más tarde desarrollarse. Aquí se pone a prueba la calidad misma y el espíritu de toda educación, en la casa y en la escuela.

Queremos que el espíritu de servicialidad y de mutua ayuda domine sobre el egoísmo, reforzado en los últimos años por la preocupación de que nada nos falte? Es preciso insistir en la participación de las golosinas y de los juguetes; en la cortesía y en la reparación de los pequeños daños y torpezas; hay que esforzarse en dar el verdadero sentido del dinero, enseñar a gastarlo sin capricho, a economizarlo sin avaricia, a utilizarlo para fines generosos. Nunca será bastante lo que enseñemos acerca de este buen uso del dinero, en nuestra época

sobre todo: saber poseerlo y conservarlo; apreciar lo que ha costado el conseguirlo y las necesidades que pesan sobre quien no lo posee; saber gastar bien, es decir, distinguir entre verdadera utilidad y capricho; habituarse a llevar cuentas y a saber hacer economías. No menos necesario es ilustrar los espíritus sobre el problema de las ganancias; asociar la idea de ganancia a la de trabajo útil y reprobador todo lo que se llamaría tráfico indebido y enseñarles la obligación evangélica de dar lo superfluo.

II. — Enseñanza social directa. — Sin embargo, a pesar de las ventajas anotadas al método anterior, creo que contentarse con aprovechar las ocasiones naturales y ejercitar en la vida cotidiana, es insuficiente. Preciso es dar una exposición doctrinal coherente, sólidamente fundada sobre el estudio de las realidades económicas y sociales. Es de temer que muchos maestros no estén convencidos de ello, de que se debe instituir una enseñanza especial, formal, didáctica. No hemos cesado de enseñar la caridad... Inculcar el sentido social es precisar el cómo de esta caridad, en la vida cotidiana, a fin de prepararse para practicar más tarde la justicia social. Pero la caridad no existe si se es injusto.

Aún hay más: no se puede esperar dar una formación sólida por una simple exposición de los hechos y menos aún por un estudio doctrinal. Los hechos arriesgan a ser mal interpretados, a no suscitar más que una emoción momentánea. Todos los educadores lo reconocen. Por eso la formación social debe comenzar muy pronto y pide continuidad; es el fruto de la verdadera educación.

Para enseñar teóricamente las cuestiones sociales hace falta, quizás más que para cualquiera otra materia, poseer el "donum didacticum", el don de enseñar, que descansa sobre todo en tres bases; conocimiento del tema y amor por él; facilidad de expresión; talento para investigar en el alma de los alumnos.

Sería casi un pecado en el maestro católico, ignorar actualmente estas cuestiones que se presentan a diario y que pueden inculcarse aprovechando mil circunstancias, que si no están espíritu y corazón penetrados en la doctrina social católica, al menos en sus aspectos fundamentales, se desperdiciarían lamentablemente.

A esta lucidez de espíritu se sigue como consecuencia la facilidad de expresión, que puede adquirirse con esfuerzo y ejercicio si falta el don natural, pero que indudablemente llegará a conseguirse cuando las palabras fluyan unguadas de sinceridad y de calor. Ya lo dijo Boileau: "Lo que claramente se concibe, claramente se enuncia".

Para saber investigar en el alma de los alumnos es preciso estar a ellos ligado y entregado y conocer su psicología, al menos en rasgos generales. La juventud aspira a todo lo que es vivo y actual, gusta de la acción y de la lucha; está animada de espíritu caballeresco, es devota del entusiasmo, tiene alma mística, es magnánima.

Por todo lo anterior: las cuestiones abstractas, los principios, han de dar origen a discusiones, relacionarse con la vida moderna y servir de marco a la parte práctica. Cuando se trata de mayores, es in-

dispensable exponer con imparcialidad las cuestiones controvertidas, admitir la discusión, pesar el pro y el contra de ambas soluciones y no disimular los puntos de la propia opinión. La noble franqueza impresionada siempre el espíritu hidalgo de estudiantes en plena juventud. Animar, enardecer, provocar una noble ambición, inspirar a cada alma el valor y la confianza en sí misma, en su trabajo y en su poder, para la gran labor de mejorar la sociedad, debe ser la orientación de toda enseñanza teórica en este sentido.

Programa. — Un programa organizado debe contemplar los siguientes puntos:

1) Idea justa del derecho de propiedad... La Iglesia no se contenta con defender la propiedad adquirida (concepción corriente en los medios burgueses), sino que afirma el derecho de cada uno de llegar a la propiedad privada (sobre todo a los bienes de uso: alojamiento, alimento, vestido, útiles de trabajo) y la obligación de la sociedad de permitir a cada uno el llegar a poseerlos.

2) La cuestión del alojamiento. Es preciso hacer comprender a los niños y jóvenes de familias ricas, y por ellos a sus padres, que no es cristiano ese derroche de lujo y comodidades en mansiones como las que habitan, cuando los demás no tienen alojamiento o están amontonados en tugurios y que, por tanto, deben ingeniarse en ayudarles.

3) Lo superfluo. Crear una mentalidad cristiana a propósito de esto. Hay que aspirar a tener lo suficiente para vivir según la propia condición en la honesta sobriedad cristiana... El Papa insiste en este punto: que todos tengan el mínimum, antes que determinados tengan lo superfluo.

4) Un estudio sistemático de la historia de la "cuestión social" y de las soluciones presentadas en los últimos tiempos; especialmente la doctrina pontificia.

Sería muy de desear que, con puntos como estos, tuviéramos un programa adaptado que siguiera una orientación definitivamente católica; conciso, acompañado de referencias bibliográficas e ilustrado con hechos concretos poderosos en los diferentes dominios de la vida social actual. Este programa podría estar concebido sea para ser repartido en varios años, sea para ser visto en un curso, especialmente cuando los alumnos dejan el establecimiento.

Al hablar de la enseñanza ocasional, aludí a "charlas con los mayores". Ciertamente, es uno de los mejores medios para inculcar los principios de la caridad y la justicia. Para hacerlo de un modo sistemático podría elaborarse un esquema preparatorio semejante al siguiente:

Tenemos sentido social? En la familia: sirvientes, vecinos, proveedores... En clase: profesores, alumnos, objetos... En la calle: per-

sonas de respeto, pobres, leyes de civismo. Recordar que en todas partes hay medios de ayudar, de agradar, de mejorar.

Cómo hacernos un alma social? Ponerse en el lugar de los demás... No juzgar, sino hacerse cargo... No hablar ni obrar aturdidamente... Hacer siempre algo útil...

Cómo cultivar el sentido social a nuestro alrededor? Aprovechar las ocasiones de formar una mentalidad que se preocupa por los demás... Notar en lo individual y en lo colectivo, las manifestaciones de egoísmo, con sus repercusiones, así como también los resultados felices de la caridad... Estudiar los acontecimientos cotidianos: tal gesto de caridad, tal hecho nacional o mundial, digno de elogio o de crítica.

Ya que sobre todos los educadores pesa el fardo agobiante de programas excesivamente recargados, podría suplirse la enseñanza organizada en forma de curso, reservando en los últimos años del bachillerato una hora semanal para una charla, que podría hacer el director o directora, siguiendo un plan cuidadosamente elaborado, en el que hubiera cabida para los temas más importantes.

Desafortunadamente son pocas las publicaciones que ofrecen material interesante para la educación social de los jóvenes. Pero a medida que el profesor va consiguiendo atraer la atención de los alumnos hacia estos tópicos, podrá hacer que ellos mismos interpreten desde el punto de vista social los diarios acontecimientos sociales. Quien quiera recorrer con atención el periódico cotidiano, las revistas de interés general, los libros recientes, cosechará numerosos hechos y documentos que puedan conmover el espíritu de los alumnos y habituarlos a mirar el aspecto social de las realidades económicas, políticas, morales y religiosas. No hay duda que encontrará en ello un instrumento, siempre a su alcance, y muy eficaz, de formación social.

Quiero terminar este aparte sobre la formación teórica del sentido social, citando una vez más a Pío XII. Sus palabras, aplicables a muchos aspectos, se revisten de importancia suma cuando se trata de temas sociales:

“El maestro, como educador inspirado en la paternidad, cuyo término es engendrar seres semejantes a sí mismo, formará a sus alumnos no menos que con sus palabras, con el ejemplo de su vida. De otra suerte, su oficio será vender palabras, como decía San Agustín y no ya modelar almas. Las mismas doctrinas morales no rozan sino superficialmente los espíritus si no son confirmadas con las obras. Otro tanto debe decirse de las enseñanzas de otras disciplinas meramente escolares, que no serán plenamente asimiladas por los jóvenes, si no brotan de labios del profesor como viva expresión personal. Ni el latín, ni el griego, ni la historia, mucho menos la filosofía, serán acogidos por los estudiantes con verdadero provecho, si son presentados sin entusiasmo, como cosas extrañas a la vida y al interés del que enseña” (14).

14) Pío XII, Alocución al II Congreso de la Unión Católica Italiana de Profesores.